HEROE Y CAUDILLO

CAPITULO VI.

Nuestra Esfera de Accion.—La Nacion y sus Caudillos.—El Gobierno de la Republica.—Diaz en Campana.—Los Primeros Pasos.—En Oajaca.—El mas Alto Honor.—Los Ejercitos Franceses.—Derrota Completa.—La Traicion de Uraga y Actitud de Diaz.—El Sitio.—Infidencia Vergonzosa.—Una Salida.—Consecuencias.—La Ciudad se Rinde.—Diaz y Bazaine.—En Puebla.—Fuga Audaz.—La Leyenda.—Lo que Faltaba a Diaz.

Preciso nos ha sido, en el curso de esta obra, abandonar con frecuencia á nuestro principal personaje, á fin de dar una idea de los tiempos y circunstancias que le rodeaban. Por otra parte, en el mismo caso nos hemos hallado respecto á la narración histórica, la cual hemos interrumpido muchas veces en momentos culminantes, pasando en silencio nombres y hechos que imperiosamente hubieran exigido la atención del historiador, so pena de que se le tildase de parcial ó inepto. Pero..... *musas collimus severiores*, y descaminado andará quien por un momento imagine, que hemos echado la carga sobre nuestros débiles hombros, de resucitar todos los grandes caractéres que han venido formando nuestra historia, ó que reconstruir nos propusimos todo el escenario donde bien ó mal desempeñaron sus papeles respectivos, ó que, por último,

fué osada intención nuestra medir nuestras aptitudes con las de quienes, con mejor preparación y en mejor medio, emprendieron obra tan meritoriosa.

Si de los fastos memorables que recordamos, y del brillo, claro-obscuro, ó sombras, que proyectan sobre su tiempo los personajes secundarios de este libro, logramos extraer los tintes del fondo, para que nuestro HEROE Y CAUDILLO se destaque con fisonomía propia, esto es, no adulterada por el apasionamiento adverso ó favorable, habremos obtenido el colmo de nuestras ambiciones. Con todo, bueno será se tenga presente, que con este libro no termina la SERIE que informará la obra y dará proporciones y colorido especial á sus detalles. El procedimiento anatómico de restauración, es peligroso, imposible, mejor dicho, cuando se aplica á obras de arte; máxime, si más que reconstruir con restos aislados y el auxilio de la fisiología y la anatomía comparada, se trata de presumir acerca de obras de creación futura.

Dejamos, primero, al General Díaz, recreándose á la sombra de los laureles de Puebla. En seguida nos acompañó por un instante en los momentos en que los reaccionarios, que de infidentes habíanse resellado, atacan el convoy presidencial. El General Díaz salva á la gloriosa comitiva y se retira después rumbo á Querétaro. Establece en San Juan del Río su cuartel general y eficazmente ayudado por muchos de sus antiguos compañeros de armas y por varios de los que con él se lanzaron á la carrera militar, siguiéndole fielmente al través de todas sus vicisitudes, dedicóse con empeño á la magna obra de reorganizar el EJERCITO DE OPERACIONES, que más tarde se haría cargo, con poca fortuna, de la campaña de Oriente.

Previamente habíase entendido con el Ministro de la Guerra, y también recibido había del Presidente instrucciones detalladas y autorización amplia, para conducir la campaña con la mayor independencia posible.

Se aproximaba una época, (si no es que llegado había), en que la defensa de la nación iba á quedar encargada al manejo aislado y discrecional de sus caudillos.

Cuanto el Gobierno Nacional pudo hacer para conservar una sombra de unidad ó armonía en la defensa, hecho quedaba. Era bien poco por cierto, y poco era también lo que podría hacerse en lo sucesivo. Declarada en estado de sitio la República, los Gobernadores y Comandantes Militares quedaban de hecho libres de sus actos. La organización civil prestaba un remedo de orden á la militar y facilitaba las operaciones de los patriotas. Y así se dió el caso de que el régimen civil, sin militarizarse del todo, se convirtiera, en casi toda la República, en regulador de las operaciones de guerra. Los caudillos consultaban casi siempre con los gobernadores, procurando el acuerdo y auxilio de estos para el éxito de sus maniobras. Por otra parte, los gobernadores, por virtud del supradicho estado de sitio, habían quedado investidos de autoridad militar. Semejante atemperancia de los dos mandos ó poderes, fué en extremo benéfica para conservar, más ó menos mal ajustadas, las diversas piezas del esqueleto de la República.

Cuando al cabo de cuatro meses, así el General Díaz como sus esforzados compañeros, creyeron á la tropa que formaba la División, en condiciones para emprender la ruda campaña, se pusieron en marcha internándose desde luego en las gargantas de la Sierra.

Como dicho dejamos, Díaz había conferenciado poco antes de ponerse en camino de Oajaca, con el Presidente y su Ministro de la Guerra, y llevaba instrucciones amplias, tanto para disponer de las rentas federales y Guardias Nacionales de Tlaxcala, Puebla, Veracruz y Oajaca, como para iniciar las operaciones conforme á un plan prefijado, si bien sujeto, naturalmente, en sus detalles, á las modificaciones que las circunstancias requiriesen.

Los comienzos de esta campaña fueron felices.

El ejército se componía de unos 4,000 hombres de las tres armas, y si bien su organización y disciplina dejaban mucho que desear, como bien se presume, en cambio contaba Díaz con buenos jefes, y, sobre todo, con el prestigio de sus antecedentes.

La primera acción que libra al enemigo en TAXCO, es

un triunfo. Bate á la guarnición, la hace prisionera y se apodera de sus armas y bagajes. Por algún tiempo circunscribe sus operaciones á lugares inmediatos á los linderos de Puebla, Guerrero, Michoacán y Oajaca. Aunque éste Estado no se hallaba aún en poder de los invasores, el terreno tampoco era seguro para los liberales. Guerrillas de mayor ó menor importancia merodeaban por todas partes y la simiente conservadora ya producía allí numerosos renegados, como en el resto de la República. Con todo, la resistencia que se le oponía no era seria, esto es, la resistencia física; en cambio, la moral era mucho más de tenerse en cuenta. Los ánimos flaqueaban y se doblegaban, en los momentos mismos en que los triunfos de las armas invasoras resonaban por todo el país, como los cañaverales azotados por las rachas del Norderte. Con la diferencia de que pocos hombres se re-erguían; los más permanecían en el polvo. La desconfianza era el estado normal de los espíritus, y las noticias de nuevas infidencias el plato eran de cada día. En tales circunstancias, un hombre fuerte como Díaz, vence fácilmente, pero sin avanzar terreno. La fuerza triunfa por un instante de la indecisión ó laxitud moral, pero con cada derrota suelen venir reacciones temibles. Así es que cuando Díaz llegó á la capital, barriendo obstáculos á su paso, tenía mucho mayor número de enemigos en torno, y aun en la ciudad misma, que antes de comenzar la campaña.

Tras de haber conferenciado con el Jefe del Estado, entra á Oajaca y se hace nombrar depositario de ambos poderes, con facultades omnímodas: un Dictador en miniatura. Poniendo en juego su actividad acostumbrada, no solamente empleó sus fuerzas en ejercicios financieros y en mejorar el estado de las tropas, sino que trató de organizar la defensa del país, (fuera de la zona que le había sido demarcada), hasta Chiapas, Tabasco y Yucatán, aunque con poco éxito. Tras de tentativas en sentidos diversos y nó sin haberse hecho cargo de lo dificultoso de desarrollar su programa en condiciones excepcionalmente desfavorables, tropezando en la ciudad misma con muchas ré-

moras, encargó el poder civil al Gral. Ballesteros, á fin de dedicar su atención indivisa á la organización, armamento y proveeduría del EJERCITO DE OPERACIONES.

Entretanto, el General Díaz había llegado al pináculo de su carrera: con fecha 14 de Octubre de 1863, entró á formar número entre los divisionarios que con abnegación y denuedo defendían la causa de la República.

El Mariscal Bazaine traía para entonces entre ojos al escapado de Puebla—cuando la toma de la ciudad—y bien le sabía muy capaz de todo cuanto con arrojo, valor, actividad y escasos conocimientos técnicos, podía hacer un militar práctico de entonces. Díaz sumaba, además, dos importantes cualidades morales que en la guerra pesan tanto como las balas, es á saber, gran prestigio como guerrero, y un nombre limpio como ciudadano. Con esas dos recomendaciones, los militares ganan admiración y afectos, que por su propia virtud se convierten en palancas poderosas para mover ejércitos y llevarlos al sacrificio y á la victoria. Y cosa es bien sabida que nadie en el mundo, quizás, ha sabido sacar mayores ventajas que Díaz de sus buenas cualidades.

Ocioso sería entretenernos ahora en narrar detalladamente todos los sucesos militares que constituyen una dolorosa serie de desastres para las armas nacionales. El Gral. Brincourt se había movido de Puebla, con una columna de 3,000 hombres, rumbo á Oajaca. A su paso, el Gral. Benavides y el Coronel Espinosa desocupan, respectivamente, Huajuápan y San Antonio Nanahuatipán. Díaz sale al encuentro del enemigo; pero ya próximo á la cañada en que se hallaba su campamento, tuerce sobre la derecha y á campo atraviesa se dirige con dos batallones por el flanco, con el objeto de evitar que se le incorporase una columna retrasada. El 10 de Agosto (1864) ataca con toda su fuerza las posiciones francesas y tras de cuatro horas de combate, durante las cuales logró obtener una superioridad efímera sobre los atacados, obligóles á replegarse hasta la porroquia; mas, una vez rehechos, se lanzaron sobre él con empuje irresistible. Bien pronto pudo

ver Díaz su Ejército de 3,000 hombres completamente deshecho, el campo sembrado de cadáveres y heridos, y por todas partes huyendo aquellos reclutas en quienes había contado para el triunfo. Desmoralizado y con los fragmentos de su tropa, volvióse á la Capital, donde ya los traidores se ocupaban activamente en allanar el camino á las fuerzas invasoras.

Aquel descalabro había decidido de la suerte de la campaña—como fácil fué de preverse—pues aun para los más entusiastas partidarios de la causa nacional, era obvio que la derrota había sido demasiado vergonzosa y completa, para esperar reponerse de ella con los elementos viciados de que sólo podía disponer el General en Jefe. Es verdad que Díaz no intentaba sucumbir sin resistencia seria, y que no perdió tiempo en proveer lo necesario para las eventualidades de un prolongado sitio; mas, si escaso había quedado de armamento y recursos, un mal mayor le amenazaba: la *infidencia* corrompía y contagiaba sus tropas, la *traicion* había propagádose, como virus maligno, en las filas republicanas. Sí; el General sitiado lucharía: las campanas de los templos habían caído convirtiéndose en cañones, habíanse improvisado secciones volantes y guerrillas con lo mejor que pudo hallarse á manos, la leva proporcionó, mal que bien, un contingente de sangre, se pidió auxilio, elementos de todas clases, á los distritos del Estado, se procuró perfeccionar las fortificaciones y construir otras; con todo, quebrados estaban los moldes del patriotismo y era imposible para Díaz improvisar el repuesto necesario en circunstancias tan calamitosas.

Y mientras esto acontecía en Oajaca, dos columnas francesas al mando, respectivamente, de Bazaine y Courtois d'Hurbal, avanzaban con lentitud y abriéndose camino por entre asperezas, rumbo á la ciudad predestinada. Las fuerzas del segundo precedían. Los regimientos de Húsares y Cazadores de Africa, son atacados en el camino de la Mixteca por las caballerías republicanas al mando del Coronel Felix Díaz. El ataque fué brioso, sostenido, sanguinario; pero al fin la pericia venció al valor, y á la bizarría del arrojo la técnica del arte. Las fuerzas mejicanas quedaron destrozadas y Don Felix Díaz se dirigió á Oajaca; humillado, pero resuelto á combatir hasta lo último al lado de su hermano Don Porfirio.

La historia ha sido olvidadiza con este bravo militar; tan bravo é indomable, como modesto y generoso. Enamorado de la gloria de su hermano y sin contaminarse nunca por la ponzoña de la envidia, dispuesto se hallaba siempre á secundarle de la mejor manera posible, en el instante crítico. Así le vemos con frecuencia en los lugares de mayor riesgo, ora iniciando campañas, ora terminándolas; preparado siempre para las persecuciones, eficaz para cubrir ó capar retiradas, atacando vigorosamente y sin perder nunca de vista lo que "quedaba por hacer." Sólo fué tardo y rehacio en llegar á la hora de las compensaciones. Guerrillero contumaz, astuto, concienzudo, incansable, abnegado, rudo si se quiere, siempre estuvo listo para sacrificarse á cualquier momento del día ó de la noche por las buenas causas y sin poner tasa á sus labores. Su mérito fué positivo, sus servicios reales, sus títulos á la gratitud de sus compatriotas y á la retribución histórica, tan buenos, al menos, como los de quienes, con mayor fortuna, alcanzaron á menor costa más alta nombradía. Fué la historia de los Humboldt. ¿Quién escuchó encomiar al sapientísimo Don Guillermo, orientalista y lingüista eruditísimo, pero cuya personalidad se eclipsaba al lado de la más radiosa de su ilustre hermano?

Los invasores que militaban bajo el mando del General Courtois d'Hurbal, continuaban avanzando rumbo á la capital del Estado, y en su seguimiento el Mariscal Bazaine marchaba en la misma dirección, si bien por diverso camino, al frente de un Ejército de 10,000 hombres.

Pero, ¿qué ocurría, entretanto, en el resto de la República?—Los franceses continuaban triunfando en todas partes. Las guerrillas de traidores se multiplicaban, el espíritu público decaía. Se hablaba á diario de infidencias sensacionales y ya entre las víctimas de la anemia moral, numerábase al General López Uraga—¡él, que fué de los

primeros en desalentarse, al sólo anuncio del arribo á Veracruz de los europeos!—Luchó consigo mismo algún tiempo, vaciló algún tiempo, pero al fin flaqueó su espíritu y la caída fué inevitable. El digno Gral. Arteaga pretendió arrancarle á la deshonra con el beneficio de una muerte oportuna, pero no logró su intento; y el infidente pudo llegar á Méjico, acompañado de algunos oficiales. Una vez allí, ofreció sus servicios al Imperio, que fueron aceptados.

Pero no fué este el único desliz de Uraga. No contento con privar de sus servicios á la Nación en los momentos en que más necesarios le eran, no satisfecho con haber tratado de seducir á los oficiales del Ejército que el Gobierno había confiado á su honor de militar, trató de debilitar aún más la de suyo débil resistencia que en el Sur se iba á hacer á las fuerzas invasoras, maleándole uno de sus más denodados caudillos.

Los más decepcionados acerca de la pureza del patriotismo del Gral. Porfirio Díaz, los mismos que hoy por hoy aducen datos irrefutables para probar que la ambición más honda y negra se ocultó siempre en el alma tortuosa del Caudillo, así como negros piélagos duermen sueños de siglos en el corazón de las montañas; los mismos que vieron á Díaz, nuevo Schylock, presentarse, en 1876, á las puertas del Palacio Nacional—calzando aún las botas sucias del campamento—y arrogar le vieron su espada desnuda sobre el tapete en que jugándose estaban las últimas ambiciones, y le escuharon con voz imperiosa llamar al orden á todo mundo para que se le escuchase, y, *en nombre de una revolucion triunfante*, ha hecho pagar al país, con despiadada usura, *cada uno* de sus importantes y áun de sus insignificantes servicios; los decepcionados mismos, que hoy odian ó desprecian al tirano engreído, tanto como años atrás reverenciaron al HEROE, no podrán menos que lamentar lo inmotivado de la injuria que Uraga indirectamente le lanzó al rostro, creyéndole susceptible de traicionar su bandera. Porque, es indudable que, en su extravío, el infidente General abrigaba la esperanza de arrastrar á Díaz por el camino de la perdición y la deshonra..... ¡Pe-

ro, si Díaz hubiera sucumbido entonces á tan infames seducciones!..... Mas nó, el héroe oajaqueño no sucumbiría entonces á esa clase de peligro, á ese género de seducciones, ni se dejaría arrastrar por esos despeñaderos. Hay suicidas que empuñan con fruición el puñal, después de haber temblado frente al lazo.

El mundo entero supo en seguida, por medio de circulares y publicaciones en los periódicos, que no solamente había desechado el caudillo republicano la infame propuesta, sino que conminado había á su ex-jefe Uraga á objeto de que no reincidiese, so pena de pasar por las armas á sus emisarios.—Y, no cabe duda, lo hubiera hecho.

Tras una marcha lenta, estratégica, acompasada, las fuerzas mandadas por el Gral. Courtois d'Hurbal, habían llegado á ETLA, á inmediaciones de la capital, y sus avanzadas situáronse en LA BLANCA. Bazaine llegó en seguida, y así dió principio aquel sitio tan poco glorioso para ambos Ejércitos contrarios. El cerco fué imperfecto, los asaltos flojos, las salidas (con excepción de la efectuada por el Coronel Pérez Castro sobre la hacienda de Aguilera), fueron sin brío, la defensa inexperta, inhábil, el ataque débil y falto de sistema. Los franceses no tomaban aquel hecho de armas por lo serio, y ya veían que Oajaca era una fruta madurada suficientemente para caer por su mismo peso, sin que, por lo tanto, hubiese necesidad alguna de apresurarse á cogerla. Ella caería por virtud de su propio relajamiento y corrupción.

Don Felix Díaz hizo una salida fácil con las caballerías y Guardia Nacional, llevando el propósito de atacar el convoy de los sitiadores que venía por el camino de la Mixteca; pero, apenas fuera de la ciudad, quiénes rehusaban acompañarlo, otros se negaron á pelear, no pocos corrieron á engrosar las filas del enemigo, y, por último, tras de haber sufrido una derrota completa, el valiente y pundonoroso militar volvió solo á la ciudad sitiada.

Eso era ya demasiado para aquellos espíritus corrompidos, en gran parte, y acobardados en extremo. Las defecciones llegaron á ser escandalosas, dos compañías que

defendían sendas fortificaciones, las más cercanas al enemigo, desertaron en masa y corrieron á éste con armas y bagajes.

Se comprende que el General en Jefe perdiera toda esperanza de triunfo, y que, incapacitado para prolongar la resistencia, confiara al espíritu humanitario de los vencedores, su Ejército vencido y destrozado.

Bien conocida es la anécdota referente á la entrevista del Gral. Porfirio Díaz con el Mariscal Bazaine.

—Cediendo antes, díjole éste, os hubierais librado del cargo de alta traición á vuestro soberano.

—¡Nunca he tenido soberano! replicó con gallarda entereza el que en años por venir llegaría á serlo de los mejicanos. Transformación natural: los espíritus más rebeldes, sujetan á los demás con mayor rudeza; nadie manda mejor que el que nunca supo obedecer. En la vida de Díaz, los detalles más insignificantes se desarrollan sin solución de continuidad, hay en su encadenamiento una lógica de acero, si así podemos expresarnos.

Cuando poco después marchaba prisionero á Puebla, iba nada más á lavarse la mancha colectiva, con un heroismo personal, concreto. Prisionero en el ex-convento de la Compañía, decide fugarse, y esta evasión audaz llevada á feliz término la noche del 20 al 21 de Septiembre (1865), inicia una nueva era en su vida militar. Hasta allí, Díaz careció de rasgos personales—rasgos semejantes á los que colorido prestaron á la figura de Santa Anna—y de él sólo se sabía en la República que era un soldado valiente, pundonoroso y de fortuna, cualidades que bien poco hablaban á la fantasía popular. Por eso, hasta entonces, apenas si mención especial se hacía de él por sus hechos aislados, permitiendo que su nombre se perdiera confundido entre los muchos de otros generales, que con no menos denuedo y abnegación, habían combatido por la causa de la República.

Pero la fuga referida vino á ponerle de relieve casi de improviso, y su personalidad destacante se grabó desde aquella hora en la imaginación del pueblo. Añádase que

los tiempos eran propicios para saludar con entusiasmo cuanto de lo ordinario saliese en asuntos de braveza. El manjar diario, que de combates y episodios sangrientos se formaba, la narración de crímenes y salvajes hecatombes, el cuento de defecciones miserables ó de crueles derrotas, más bien que interesar abrumaban, lejos de producir reacción causaban anemia de patriotismo. A falta de un héroe que ganara batallas descomunales, ansiedad había de otro capaz de practicar milagros. Y preciso es confesar que Díaz respondió oportunamente nó á uno, sino á los dos términos de la demanda; y, lo que es más, en su orden lógico. Principió excitando é interesando la imaginación de sus compatriotas, antes que regalarles con los suculentos manjares de repetidos y sonados triunfos.

Respecto á la evasión se rapsodió de mil maneras: todas heroicas y dignas del exámetro. La verdad es que no careció de mérito.

Sin más auxilio inmediato que el de un fiel asistente, el cual con dificultades y peligros logró proporcionarle un puñal y una cuerda, resolvió ponerse á cobro la noche del 20 de Septiembre, como antes digimos. Acecha al centinela que hace guardia frente á su celdilla, y cuando le ve distanciarse, mal protegido por la desmedrada sombra del muro, arrástrase rozándole, llega á una azotehuela y salta al techo de una cocina. De allí lanza la cuerda en forma de lazo, que engarza en un minarete. Trépase á la torre como un gimnasta; agazapado se escurre por la angulosidad sombría de la bóveda, cuidadoso de no ser descubierto por los centinelas y desafiando un peligro cierto, visible, se descuelga casi á la vista de éstos sobre el techo de una casa vecina. Y entonces, lejos de apresurarse á escapar, con toda calma ata á la extremidad de la cuerda dos cartas de despedida, para oficiales franceses; y ¡ya le tenemos libre!—Díaz ha entrado con paso firme por los dominios de la leyenda. Ya veremos cómo sabe afianzar en su frente erguida la corona de hierro y laurel, doble símbolo del mando y la victoria.

:o-o-o: